

eran los que por curiosidad, tan sólo, se hallaban frente de ella, pues los más conspiraban para desbaratar aquellos montones de oro por cuantos medios les sugiriese su ingenio. Unos, ó sean los verdaderos *puntos*, se aprestaban al combate con su dinero, poco ó mucho, y otros, como los *cazadores de conejos* y los *levanta muertos*, sólo ponían de su parte el atrevimiento, atisbando los primeros la baraja para jugar sólo en el caso en que sus ojos de lince pudiesen descubrir la puerta, es decir la primera figura de los naipes ya barajados, y estando atentos los segundos al menor descuido de un jugador para alzarse con su parada.

Desde luego llegaron á mis oídos algunas frases que nunca habían percibido, tales eran estas: ¿ya están todos?—corre—fuera de puerta—á la segunda moza—á la segunda vieja—se hace la chica—se hace la grande, y otras por el estilo.

Ejecutadas las sucesivas operaciones, como barajar, alzar, tender las cartas de cada albur en el tapete y poner las correspondientes paradas ó apuestas, el tallador dirigía á los circunstantes la expresada pregunta ¿están todos? á la que contestaba el director de la partida, después de cerciorarse de que ya no había otros puntos: corre. Entonces el mismo tallador, con toda parsimonia, ejercía su oficio, en medio de un silencio profundo, que dejaba oír el débil ruido del alateo de una mosca, y era de ver la diversa expresión que, en tales momentos, adquirían los rostros de los concurrentes revelando los sentimientos que interiormente los agitaba. Unos poníanse de encendido color y demostraban en el semblante cierta zozobra; lívidos otros, expresaban en el gesto mortales ansias, y muy pocos, solamente, sin inmutarse, revelaban indiferente calma y una sangre fría admirable. Algunos, al deslizarse cada carta de la baraja acariciada por la experta mano del tallador, creían ver en las extremidades, apenas visibles, de un dos de bastos, por ejemplo, las patas de un caballo ó de una sota, figuras en las que habían cifrado su esperanza, sucediendo á la ilusión más completa la inmediata decepción. A veces, por descendencia del tallador, corría la baraja alguno de los puntos, el cual, según el temple y estado de su ánimo, ejecutaba tal acto con firme ó con trémula mano.

Imitando lo que otros hacían, sin que guiara mi mano, ni el valor, ni la timidez, puse mi primer parada de una oncita á un rey deoros contra una sota de espadas y al venir ésta á la segunda y vieja, según oí decir, y era de diferente color que la carta contraria, ví barrer mi moneda en compañía de otras muchas compañeras, á la vez que se pagaban y se retiraban del tapete por los puntos, las paradas gananciosas. Ya más atrevido en mi segundo intento puse doble parada á otra sota, por parecerme, entonces, fácil su inmediata aparición, y la cual figura jugaba contra un cinco de copas; mas un viejo que con atención me observaba, me dijo: pero ¿qué hace usted, muchacho, pues no ve que se está haciendo la chica? pase usted su parada á la otra carta. Yo obedecí y á la quinta ó sexta manipulación del tallador apareció la sota, y vino moza pues era del mismo color que la carta contraria. Entonces dirigí á mi viejo consejero una mirada con la que quise decirle ¡qué bruto ha sido usted! El comprendió mi reproche y se conformó con decirme: ¡Qué quiere usted, falló la regla! Parece que estos señores todo lo hacen con reglas, lo que no impide que más tarde ó más temprano se queden, como dice un adagio nuestro, en un petate, y son como los billeteros que quieren hacer creer que los billetes cuyos números suma 13 ó 19 ó determinada fecha obtienen indefectiblemente el gran premio de la lotería. ¡Cábalas que aún subsisten de la antigua nigromancia!

Ya me estaba fastidiando el juegoito y quise terminar cuanto antes con él, y á éste fin puse las tres onzas que me quedaban de la vaquita, á un rey, tan sólo por contradecir á mi inoportuno consejero y vino un famoso y regordote rey de espadas, pero en el momento en que mi parada tenía tres onzas más encima, ví alargarse el brazo de un *levanta muertos*, asir con sus garras las seis relucientes monedas y embolsárselas muy tranquilamente sin valerme mis justísimas protestas, ni la defensa que en mi favor se servió hacer mi viejo consejero: todo terminó en que éste le dijo al otro sinvergüenza y yo me alejé indignado, tanto por la escandalosa fullería de que fuí víctima, como por el triste papel que se me había hecho representar en aquella ocasión.

Al retirarme, los famosos cuadros de oro,

no sólo habían resistido los continuados empujes de los puntos, sino que se hallaban más potentes que antes, reforzados por diez ó quince nuevas columnas de á veinte oncitas cada una.

Casos se dieron de que alguna ó algunas de las famosas partidas de la feria de Tlalpan fuesen desmontadas, y bien merece, por tanto que te refiera, carísimo lector, uno de esos casos. Había en México por aquellos tiempos, un célebre jugador á quien ni alentaba la buena suerte ni agobiaba la desdicha. Imperturbable siempre, jamás reveló en su semblante los sentimientos que agitaban su ánimo, así en los sucesos prósperos como en los adversos de su existencia, viéndosele vivir tan contento en medio de la riqueza como resignado en la indigencia, montando unas veces con espléndidez su casa, y otras haciendo entrega á sus acreedores de cuanto en ella poseía.

Este ser original, tipo del gran jugador, cuya existencia se deslizaba alternando entre la opulencia y la inopia, hallábase en Tlalpan en los días de fiesta á que me refiero, y ya fuese porque se encontrase entonces corriendo uno de los períodos de escasez, ó por que la adversa suerte lo hubiese despojado por la mañana del poco ó mucho oro con que se había aprestado á la pelea, el hecho fué que en la noche de tal día sólo un tostón guardaba su bolsillo, y con él se dispuso á entrar de nuevo en acción atacando primero la ruleta. Sobre la carpeta numerada de ésta echó la susodicha moneda, y como en tales momentos la voluble fortuna se declaró en su favor, la inquieta bolita se fijó en su número por el que recibió 18 pesos en oro y plata. Armado ya, como dicen los jugadores, se dirigió á una de las principales partidas, en la que tuvo la atingencia de ganar el primer albur y tras de éste, con pocas alternativas, otros muchos á la dobla; de manera que á la media hora había adquirido unas mil quinientas onzas y con ellas la posibilidad de decir en alta y arrogante voz: *tapo el monte*. Todos los circunstantes mirábanse azorados unos á otros, pues apenas podían imaginarse que hubiese un ser que arriesgase en un albur sus pingües ganancias. Aceptado el envite por el director de la partida, todos se dispusieron á presenciar con el mayor silencio el lance, admirándoles el contraste que formaban la per-

turbación de ánimo que embargaba al tallador al barajar con trémula mano los naipes y la serenidad del jugador, manifestada en los momentos en que cortaba las cartas y corría el albur con mano firme. A cada deslizada de carta para descubrir una nueva, todos se ponían lívidos y apenas podían contener la respiración, menos el interesado que imperturbable seguía echando naipes al tapete verde, hasta que al fin apareció una figura que causó una inexplicable sensación en los circunstantes y una aclamación general. El punto había ganado el albur. Sin inmutarse éste para nada, llevóse á poco sus tres mil onzas, y ya empezaban á abandonar la sala de la partida los demás jugadores, cuando fueron detenidos por el director que les dirigió las siguientes frases: "Señores, la sociedad cuenta con los fondos suficientes para reponer el monte; así es que, dentro de unos instantes, continuaremos la partida."

Tales son los accidentes del juego, y de éstos ha sido el más vivo ejemplo el caso á que me he referido. El expresado jugador, después de muchas peripecias como las manifestadas, murió triste y miserable en sitio, nada decente, como que era el retrete de uno de los principales hoteles de la ciudad de Puebla.

Voy á tratar, lector amigo, de otra clase de juego en el que la muerte de un animal resuelve el punto. Cuando veo á la humanidad gozar con los espectáculos cruentos y la saña con que se miran los mismos individuos que la forman, juzgo muy acertada la idea de Plauto: *Homo hominis lupus*. Cierto es que el hombre ocupa el lugar prominente en la Creación por encerrar en su ser un principio espiritual activo, pero también es verdad que posee instintos feroces, que solo se modifican y desaparecen en virtud de la educación moral y quien dice educación dice verdadera civilización.

Disponíame á regresar á México en las primeras horas de la tarde, cuando me encontré con un amigo, á cuya generosa invitación debí el poder concurrir á la plaza de gallos, la que me sorprendió, tanto por el aspecto poco agradable del edificio, como por la concurrencia, muy numerosa y en gran parte escogida. Ví desde luego en el redondel á un hombre que se movía sin cesar y que vociferaba con

toda la fuerza de sus pulmones. Díjoseme que era el *gritón*, que procurase no perder una palabra de las que dijera, y que atendiese cuidadosamente á todas las peripecias del espectáculo. Así lo hice en efecto, mas no sin volver á preguntar quiénes eran aquellos individuos que veía sentados detrás de una mesa en el palenque, y se me contestó que uno era el *sentenciador* ó *juez*, nombrado por los mismos jugadores para hacer cumplir en todas sus partes el reglamento, siendo sus fallos inapelables, y el otro el *depositario* de las apuestas, el cual pasaba al redondel por orden del juez para cerciorarse de si un gallo estaba bien muerto, y para atender á otros incidentes.

Cuando entramos en la plaza había jugándose el *mochiller* con \$50 y 50, es decir, la primer pelea por la que se había concertado dicha apuesta, ó sea la mayor, siendo los otros 50 los reales que el perdidoso tenía la obligación de entregar para la empresa.

El *gritón*, alzando la voz, dirigió á los concurrentes el siguiente anuncio:

—*Primer careado.*—4 libras 11 onzas.—Navaja libre.—Vengan los gallos.

Llámanse *careados* á los lances concertados entre los dueños de dos gallos de igual peso, pues los que se ajustan sin descubrir aquellos, reciben el nombre de *tapados*, y pueden ser *libres* ó á *la balanza*, es decir, de igual peso.

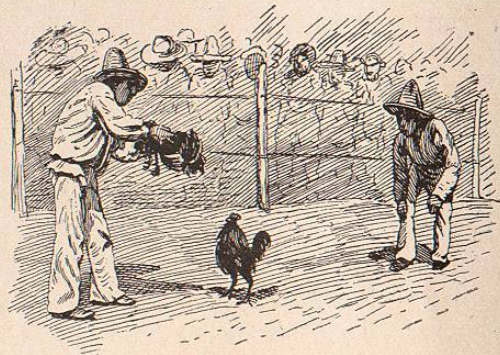
El *gritón* repetía su pregón y agregaba: ya está aquí un gallo.—Venga el otro.—Hagan las apuestas.

En ese momento, los *corredores*, que eran seis ó más individuos á quienes se daba á reconocer previamente, y de cuya fidelidad era responsable la Empresa, recibían el dinero de los asistentes que querían apostar á determinado gallo de los que iban á pelear, y se echaban á andar apresuradamente por el palenque, como locos, unos en tal dirección y otros en la opuesta gritando todos á la vez y dirigiéndose á los concurrentes:—25 pesos á Fulano (el dueño del gallo), ó bien, 25 pesos al gallo prieto.—¿Quién quiere parejo á Fulano? Muchos contestaban aceptando y entregando sus apuestas á los corredores, y hablando todos á un tiempo producían inmensa algarabía. Entre tanto, amarrábanse las navajas á los espaldones de los gallos y se pesaban éstos, y

cuando ya todo estaba listo, continuaba el *gritón*:

—¿Todos están casados?—¿Están hechas las apuestas?—Cierren la puerta, y confundiendo su voz con los acordes de una música bulliciosa, proseguía diciendo:

—Vamos, señores, que se hace tarde. *Preben los gallos.*



Entonces los *soltadores* ponían de frente á sus gallos, sin soltarlos, arrancándoles plumas de la gola para encolerizarlos y refrescándoles la cabeza con bocanadas de agua. A poco los soltaban desde las rayas marcadas en el suelo. Libres los valientes animales, lanzábanse uno contra el otro, brincando á tal altura y con tal ímpetu, que del choque resultaba el desprendimiento de muchas plumas que volaban por el aire, imprimiendo á la pelea un aspecto más siniestro. Al segundo encuentro, un gallo cayó mortalmente herido, clavando en la tierra el pico, en tanto que el otro, irguiéndose y sacudiendo las alas, lanzó su canto de triunfo. Pagáronse á los gananciosos las apuestas, y el *gritón*, en desempeño de su oficio, dió grandes voces diciendo:

—¿Todos están pagados?—¿No hay quién reclame?—Abren la puerta.

En la pelea siguiente sólo hubo una pequeña diferencia con la anterior, y la cual consistió en que los concurrentes no aceptaron á la par las apuestas que los corredores ofrecían, viéndose éstos en la necesidad de ofrecer sus pesos á 7 reales y á 6, y como el gallo que ganó no fué aquel por el que se apostó, sino el contrario, causa de la depreciación de los pesos, el *gritón* anunció:—Han corrido las apuestas á siete y á seis.—Se hizo la chica.

Como tal espectáculo no era de mi agrado, y lo encontré en todo y por todo repugnante,

solicité de mi bondadoso amigo su venia para retirarme, y no sólo la concedió sino que me ofreció conducirme á un pintoresco lugar, en el cual gozarían nuestros espíritus de gratísima expansión durante las pocas horas que aún restaban de la tarde.

* * *

El lugar á que me llevó mi amigo fué el pintoresco del Calvario, entre cuyas frondo-

en las verdes praderas surcadas por las bulliciosas y cristalinas aguas de un arroyuelo, y divertirme con las parejas de jóvenes enamorados, por quienes se recreaban comunicándose la intimidad de sus afectos, ora paseando ceremoniosamente sobre la fresca hierba, ora entregándose á los expansivos goces del baile. Entretanto, la gente del pueblo se divertía á su modo, particularmente con las meriendas de tamales en aquellas cabañas que se veían diseminadas en los bosquecillos.

Ofrecíome el amigo, por último, llevarme



EL CALVARIO.—TLALPAN.

sas arboledas se agitaba un gran gentío que se divertía al son de alegre y estrepitosa música, cuyos ecos, conducidos por el viento, iban á mezclarse en la población con el continuo repiqueteo de las monedas de oro y plata de las partidas.

En aquel sitio permanecí cerca de una hora, tiempo durante el cual, pude respirar el más delicioso y perfumado ambiente, gozar de la frondosidad y hermosura de aquel edén, contemplar los inocentes juegos de los niños

al suntuoso baile que se daba aquella noche en la casa perteneciente á uno de los principales banqueros de la Capital, mas hallándome obligado á rehusar su amable invitación, díle un apretón de mano en señal de despedida y fuí á meterme en la diligencia que había de conducirme á México. Durante el camino sólo meditaba en el disgusto que iba á causar con mi presencia á las de la vaquita, á causa del amargo desengaño del que, en tal ocasión, era yo el triste mensajero.

